

Comentarios sobre la unidad del Espíritu

Fragmentos

C. WOLSTON

biblicom.org

Antes de abordar este tema, diremos unas palabras sobre 3 aspectos diferentes según los cuales los creyentes son considerados en [Efesios 2](#) como formando un solo Cuerpo.

Encontramos:

1. Los judíos y los gentiles reconciliados ambos «en un solo Cuerpo con Dios, por medio de la cruz» ([Efe. 2:16](#)).
2. «El edificio bien coordinado crece hasta ser un templo santo en el Señor» ([Efe. 2:21](#)).
3. «Sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu» ([Efe. 2:22](#)).

Estos 3 aspectos de la Asamblea comenzaron en Pentecostés con el descenso del Espíritu Santo y ahora existen en la tierra. Sin embargo, es importante distinguirlos, ya que, aunque coexisten, no tienen el mismo significado. Tampoco se pueden emplear los mismos términos para describirlos.

«El Cuerpo», tal y como nos enseña [1 Corintios 12](#), está formado por el bautismo del Espíritu Santo e incluye a todos los verdaderos cristianos. Están unidos vitalmente por el Espíritu a Cristo, que es la Cabeza en el cielo, y al mismo tiempo unidos entre sí para formar su Cuerpo en la tierra. El Cuerpo, en las Escrituras, siempre se considera como un organismo completo, con su esfera de manifestación y actividad en la tierra, aunque unido a la Cabeza que está en el cielo, «de la que todo el Cuerpo, alimentado y unido por de coyunturas y ligamentos, crece con el crecimiento que da Dios» ([Col. 2:19](#)). Todos los miembros están tan estrechamente unidos que no puede haber divisiones en el Cuerpo ([1 Cor. 12:25](#)); si un miembro sufre, todos los miembros sufren con él, y cualquier cosa que afecte a un miembro en la tierra afecta a la Cabeza que está en el cielo ([Hec. 9:4](#)).

1. La ruina exterior de la Iglesia, o la aparente dispersión de los miembros del Cuerpo, no altera esta unidad vital, ni debilita en modo alguno la viva y divina simpatía o interdependencia de los miembros entre sí. La inteligencia puede no reconocer que el estado de los miembros que están en Australia afecta a los que están en Europa, y que el buen o mal estado de un solo miembro repercute en todo el Cuerpo, pero así es.

Es un hecho bendito que se impone a nuestra alma. En el Cuerpo, todo es obra del Espíritu, desde el principio hasta el fin, sin ninguna intervención humana.

2. El templo santo está construido por el Señor mismo y crece hasta completarse, cada piedra es preparada y colocada en su lugar por la mano de Aquel que dice en [Mateo 16:18](#): «Edificaré mi Iglesia, y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella». Es de este templo santo, que se está construyendo actualmente, de lo que habla Pedro en el capítulo 2 de su Primera Epístola: «Acercándoos a él, piedra viva, rechazada ciertamente por los hombres, pero escogida y preciosa ante Dios; vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual» (v. 4-5). El templo santo está compuesto íntegramente por verdaderos creyentes y, aquí, como en el Cuerpo, no interviene ninguna mano humana, la obra es enteramente del Señor, y esta obra se completará a su venida, cuando se haya colocado la última piedra viva.

3. La morada fue comenzada por Dios mismo, obrando con instrumentos humanos. Por lo tanto, está fundada de manera perfecta, pero construida por el hombre y confiada a su responsabilidad. El resultado es una situación totalmente diferente a la del Cuerpo o del templo santo. En estos 2 últimos casos, todo es divino y, por lo tanto, perfecto. Cuando se trata de la «morada», es la edificación de Dios, la esfera de su actividad en el mundo, pero como el hombre es efectivamente el obrero, se manifiestan defectos y se descubre que se han empleado materiales buenos y malos durante la construcción.

En [1 Corintios 3](#) tenemos su formación y su historia. Pablo, que trabajaba como colaborador de Dios y sabio arquitecto, declara: Yo «puse los cimientos, y otro edifica encima; pero que cada uno mire cómo edifica sobre él. Porque nadie puede poner otra base diferente de la que ya está puesta, la cual es Jesucristo».

Comenzada por Dios, que introdujo al hombre en su obra, la Vivienda (o Casa) estaba compuesta al principio, al igual que el Cuerpo, por verdaderos creyentes, y ambos se confundían. Muy pronto, la obra de Dios por medio del Espíritu y la del hombre, en la que había lugar para la responsabilidad, dejaron de confundirse. Mientras que al principio todos los que confesaban a Cristo y eran bautizados eran creyentes verdaderos y vivos, muy pronto se manifestó la debilidad de la mano del hombre, y simples profesos, sin ninguna fe viva, fueron introducidos entre los verdaderos creyentes por la profesión y el bautismo, y edificados junto con ellos. La casa se hizo mucho más grande que el Cuerpo, ya que estaba compuesta de piedras vivas y piedras muertas, edificadas juntas, pero no unidas entre sí por el vínculo vivo del Espíritu Santo.

Sin embargo, esta construcción fue la esfera de la obra de Dios y el lugar de su

morada, con los benditos privilegios y las solemnes responsabilidades que ello conllevaba para la fe de aquellos que no se habían mezclado con la situación que los rodeaba.

Sigue siendo la Casa de Dios, y así será hasta el final, como nos enseña la solemne advertencia de Pedro. «Porque llegó el tiempo», escribe, «de comenzar el juicio por la casa de Dios; y si comienza por nosotros, ¿cuál será el fin de los que no obedecen al Evangelio de Dios?» (1 Pe. 4:17). Se trata de la casa exterior, visible, o «morada de Dios por el Espíritu», y aunque sigue siendo la Casa de Dios, está sin embargo en ruinas y en desorden. Su historia en la tierra, tal y como se le ha confiado al hombre, pronto terminará con el juicio, pero reaparecerá en el cielo como el tabernáculo de Dios (Apoc. 21:3), de acuerdo con lo que él se ha propuesto y lo que habrá hecho con su poder infalible.

Pero, además de lo que acabamos de ver, es decir, la formación de la Iglesia como el Cuerpo de Cristo, el templo santo y la edificación de los creyentes juntos de una manera externa y visible como morada de Dios, algo nuevo nació en Pentecostés. Es el cumplimiento de la profecía de Caifás, que Cristo reuniría «en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos» (Juan 11:52) y también la realización de la oración del Señor: «No ruego solamente por estos, sino también por los que crean en mí por medio de la palabra de ellos; para que todos sean uno, como tú, Padre, en mí, y yo en ti; que ellos también estén en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste» (Juan 17:20-21). Esto incluía a todos los creyentes como «llamados en un solo Cuerpo» y llevados por la presencia y el poder del Espíritu a una unidad de pensamiento, de afectos, de objetivos, tanto moral como práctica. De hecho, leemos que «todos los creyentes estaban juntos y tenían todo en común» (Hec. 2:44), y también: «La multitud de los creyentes era de un solo corazón y un alma, y ninguno decía ser suyo cosa alguna de lo que poseía; sino que tenían todas las cosas en común» (Hec. 4:32). Esta es la unidad del Espíritu, una unidad en la que todo está de acuerdo con el pensamiento de Dios, producida y mantenida por la presencia del Espíritu en medio de los creyentes. La base de todo esto se apoya en los grandes principios que se nos dan en la última parte de Efesios 2: «un hombre nuevo» (v. 15), «un solo Cuerpo» (v. 16), «acceso por un solo Espíritu al Padre» (v. 18) y «juntamente edificados para morada de Dios por el Espíritu» (v. 22).

La unidad del Espíritu en su perfección es, por tanto, el poder del Espíritu que produce una armonía divina entre los creyentes y los capacita para realizar su unión con todos los santos, asegurando así la manifestación de la unidad del Cuerpo en la tierra. Considerada en su plenitud, no puede separarse de la unidad del Cuerpo,

aunque no sea lo mismo, porque «[hay] un [solo] Cuerpo y un [solo] Espíritu» [Efe. 4:4](#)).

En la práctica, lo que el Señor pide en [Juan 17](#): «que todos sean uno» y «estén en nosotros» (v. 21) es la unidad del Espíritu, y eso es lo que los creyentes deben esforzarse por mantener en el vínculo de la paz. Los judíos y los gentiles, reunidos en nombre de Jesús en Éfeso, ya no debían perseguir sus propios intereses ni mantener sus diferencias personales, sino caminar juntos «con toda humildad y mansedumbre, con longanimidad, soportándoos unos a otros en amor» ([Efe. 4:1-2](#)); manifestando juntos un acuerdo divino por el poder del Espíritu, que hacía que los pensamientos de Dios y los suyos fueran uno en esta tierra. Reconciliados con Dios y entre ellos por la cruz, en comunión ante el Padre por un solo Espíritu, su caminar juntos reflejaba esa comunión. Así comienza la unidad del Espíritu, pero en la práctica se desarrolla según lo que son los hijos de Dios en relación con todos los demás santos como «un [solo] Cuerpo» y «morada de Dios por el Espíritu».

Desde un punto de vista abstracto, la unidad del Espíritu es el pensamiento de Dios. Cuando los pensamientos de 2 creyentes están de acuerdo con el pensamiento del Espíritu, esta unidad se mantiene prácticamente. Pero si los santos no están de acuerdo, el Espíritu de Dios se entristece en ellos, la unidad del Espíritu no se mantiene, aunque no haya ninguna brecha aparente. Pueden ser exteriormente «como un [solo] Cuerpo», pero interiormente no son un solo corazón y una sola alma. El «estén en nosotros» de [Juan 17](#) no se ha realizado.

Al principio, en Pentecostés, la unidad del Espíritu se mantenía completamente, y todos los creyentes estaban unidos interior y exteriormente en uno; la unidad del cielo brilló en la tierra durante un breve espacio de tiempo. Satanás entró rápidamente en escena, y en [Hechos 5](#) y [6](#) vemos que la unidad del Espíritu desapareció, aunque el poder de sus manifestaciones permaneció. La unidad del Cuerpo permaneció intacta, e incluso sus manifestaciones externas se mantuvieron, pero, hecho muy triste y solemne, la unidad del Espíritu no pudo mantenerse.